

## LARRA Y LOS MUERTOS DE MADRID de 1836



*La costumbre de visitar las tumbas de nuestros familiares es antiquísima. Los españoles la llevaron a América. A principios del siglo XIX, el arte romántico tuvo predilección por el culto a los muertos. Escenas de cementerios y ánimas benditas aparecen en los teatros y novelones de la época. Hasta hubo muchachas que bebían vinagre para palidecer y estar más atractiva según el modelo romántico. Los góticos, tan modernos ellos, datan del siglo XIX, pues los románticos fueron también los inventores de la moda, esa cosa que cambia todos los años.*

*Algunos románticos se quedaron en la pura fachada. Otros, por suerte, no. El gran prosista romántico español, Larra, escribió un artículo sobre el día de difuntos de 1836. Dejamos aquí un extracto. Nada podemos comentar de él. Baste decir que sus frases son un estremecimiento, no de terror sino de verdad. Poco después de escribirlo, Larra se dio de baja en la vida. Desde entonces los mejores españoles han visitado su tumba.*

### DÍA DE DIFUNTOS DE 1836

-¡Día de difuntos!- exclamé.

(...)

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claro, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían a la mansión que presumen de los muertos, yo comencé a pasear con toda la devoción y el recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

-¡Necios!-decía a los transeúntes-. ¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, a vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais a ver a vuestros padres y a vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque tienen paz;

ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningún jurado se atrevería a encausar ni condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la Naturaleza que allí les puso, y a ésta la obedecen. (...)

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero. El gran coloso, la inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba.. (...)

Una nube sombría lo envolvía todo. Era de noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! “¡Aquí yace la esperanza!”

¡Silencio! ¡Silencio!

Mariano José de Larra

### **Ilustración**

Dibujo de Pablo García aparecido en La Nueva España (lne.es), el 15 de marzo de 2009, con motivo del bicentenario de la muerte de Mariano José de Larra